


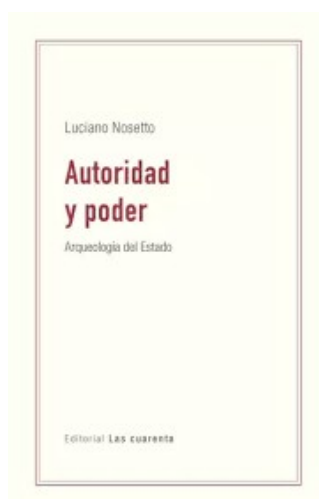
Autoridad y poder. Arqueología del Estado Authority and Power. Archaeology of the State

Leonardo Eiff

Universidad Nacional General Sarmiento, Argentina

Correo electrónico: leoieff@yahoo.com.ar

 ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8699-8681>



Datos del libro: Noretto, Luciano. *Autoridad y poder. Arqueología del Estado*. Buenos Aires: Las Cuarenta, 2022, 203 páginas.

Resumen: *Autoridad y poder. Arqueología del Estado* es un libro escrito por Luciano Noretto que presenta una historia de las ideas en torno a los contrapuntos que dieron lugar al surgimiento del Estado. Fue editado por Las Cuarenta y se organiza en cuatro capítulos.

Palabras clave: *Autoridad, poder, Estado.*

Keywords: *Authority, Power, State.*

Fecha de recepción del artículo: 10/04/2023 **Fecha de aceptación del artículo:** 12/05/2023

Para citación de este artículo: Eiff, Leonardo (2023). Reseña bibliográfica de *Autoridad y poder. Arqueología del Estado* de Noretto, Luciano. *Anacronismo e Irrupción* 13 (24), 268-274.

La gramática política de la modernidad se cifró en el contrapunto entre Estado y Revolución, pues los principios fundantes de lo moderno –la igualdad y la libertad natural de los seres humanos– valieron para justificar tanto el mandato soberano estatal como las insurrecciones revolucionarias. La imbricación situó la politicidad de la pregunta por el Estado y la revolución en la vuelta completa: ¿cómo iniciar la revolución, la chispa (*Iskra*)? ¿Cómo terminar con la revolución, el nuevo Estado? El célebre *¿qué hacer?* es, en rigor, doble. Hoy esa dinámica, lo sabemos demasiado, caducó. O, al menos, permanece en un nivel de opacidad del que difícilmente emerja algo someramente inteligible. En efecto: la política parece haber alcanzado el fin de su ciclo civilizatorio. *No hay Estado, no hay Revolución*. Observable, por su contundencia, en la proliferación de gubernamentalidades no estatales. Al mismo tiempo, sin embargo, en los últimos años, comenzamos a toparnos con reflexiones que invitan a repensar la cuestión del Estado. Son apuestas, tozudamente pascalianas, que Nosetto condensa hacia el final de su texto:

no es improbable que nuestro horizonte epocal esté marcado por la liquidación de toda autoridad y, por ende, de todo Estado. Así y todo, estos acordes apocalípticos no deberían privarnos de explorar las posibilidades habilitadas durante este tiempo anteúltimo, de duración indefinida, en el que todavía algo de autoridad permanece o en el que todavía algo de Estado subiste (2022, p. 200).

La apuesta dice que hoy, aquí y ahora, *escribir políticamente es reabrir la posibilidad de una querrela a favor de una teoría del Estado, entendida como pensamiento estatal o como un deber en pro del Estado*. El tenor es el siguiente: “La idea de Estado contiene la idea de bien” (2022, p.18); “la idea de violencia es tan esencial al concepto de Estado como la idea de bien” (2022, p. 18). Luciano Nosetto logra, con plena acuidad y sin remilgos, sostener con argumentos frases como las anteriores, cuyo aroma hegeliano es altamente contrastante respecto a los consensos vigentes ligados a políticas de la identidad y la diferencia *ad infinitum*. Reabrir la querrela (y es obvio nuestro guiño hacia las meditaciones de otro autor que Luciano ha

frecuentado) exige criticar el *ethos* posestructuralista de la teoría política, o, directamente, las zonceras *post à la Marchart*.

En lo que sigue, propongo reseñar la apuesta de Luciano conservando el tono –algo informal, ciertamente– y el estilo expositivo que me suscitó, por escrito, la lectura del libro. Son notas de lectura (pero ¿qué es una reseña si no eso?) que dialogan con un texto a partir de surcos que van trazando un camino común, cuyo engorro, y la irritación que despierta, es palmaria.

Dos citas sintetizan los argumentos que motorizan el conjunto del libro: 1) “De allí que una relación lúcida con la tradición resulte perfectamente compatible con la disposición arqueológica” (2022, p.27); 2)

No me termino de sentir cómodo con describir esta innovación aludiendo a la “despolitización” de la autoridad. Pero, si tomamos la aceptación habitual de la política, como lo relativo a la lucha por el poder, creo razonable postular que lo que se procura con esta innovación es despolitizar la autoridad, esto es, sustraerla de los juegos del poder (2022, p. 126).

Las dos frases fueron escritas en nota al pie, lo que revela, en algún sentido, el tono medido, medido, con el que el autor vierte sus posiciones ante tamaña cuestión. Entonces: *lucidez e incomodidad*. Dos palabras cruciales al momento de abordar el Estado. Sin la primera, tropezamos con reduccionismos varios –el principal: reducción del Estado a relación social de dominación– o recurrimos a la verba apocalíptica, anuncios del fin –es el meollo de la escaramuza con Ludueña Romandini–. La lucidez exige demorarse en las preguntas, persistir en el asombro, a riesgo de ingenuidad: *seguir con el problema*, como escribe Donna Haraway. El problema, en este sentido, es que la validez heurística y política del Estado no puede dejar de incomodarnos. ¿A nosotros, educados en la Facultad de Ciencias Sociales circa 2001? Sin duda. Pero también a la teoría política contemporánea *in toto*. Evidentemente es más cómodo pensar sin Estado, o habitar el Estado sin pensarlo, como enfatiza con brío Sebastián Abad. El contrapunto, o el contrapunto implícito del contrapunto explícitamente

declarado, es entre la lucidez teórica y la incomodidad política. Por ello, el libro de Nosetto se vuelve posible aventurándose en la historia de la teoría política como un conjunto de claroscuros, todos enervantes, en torno a la arqueología Estado. Lo digo de otro modo: no hay mayores problemas para justificar teóricamente al Estado, pero no hay más que problemas cuando miramos la política del Estado, o de los estados. Nos sentimos incómodos porque advertimos que seremos acusados de platónicos o de optar por la imaginación y no por la *verita effettuale* de la cosa. Allí, agazapados, nos aguardan los sociólogos, munidos de evidencia empírica, los marxistas, munidos de evidencia ideológica, los historiadores, munidos de evidencia cronológica, etc. Nos incomodamos porque los vemos detrás de la maleza, y porque, en fin, nos vemos en ellos.

La sutileza del libro consiste en realizar una historia de los mandobles antiestatales en tensión con los propiamente estatales. En un vaivén que conforma el fundamento polivalente del pensamiento político moderno (el Estado y la revolución). Nosetto es sutil porque sabe que es imposible abordar al Estado de frente, respondiendo ¿qué es? Es decir, ofreciendo definiciones (es una de las vetas de la incomodidad: hay que pensar el Estado y no sabemos bien cómo: ¿con qué metodología? ¿con qué ética?), y también porque aprovecha para ilustrar un conocimiento cabal de los argumentos antiestatales a fin de justificar al Estado; no contra ellos, sino a través de ellos.

Una de las caras de la lucidez es la fidelidad. Nosetto es fiel a la tradición de la teoría política. Consciente: la tradición estalló. La teoría política del pasado siglo ya es una consecuencia del estallido. Aun así, el libro se escribe sin afuera. Prescinde, con cierta altivez, de las otras ciencias sociales, que, evidentemente, se han abocado a pensar el Estado. Por ejemplo, el Weber de Nosetto es el de la teoría política, no el que leen los sociólogos, y, realmente, logra sostenerlo, enhiesto, dentro de la tradición. Como la *Polis*: la teoría política es autosuficiente para pensar el Estado. Es el rasgo palmariamente straussiano del libro. Por en el texto circulan los grandes nombres, releídos, reinterpretados, pero respetados en

sus enseñanzas. Y el verbo *enseñar* es empleado recursivamente: *Hegel enseña, Hobbes enseña, Schmitt enseña*. También enseñan las teorías feministas y de género, la única variante que tiene permitido ingresar en la fortaleza teórico-política para ver si esta resiste la más inquietante, por su justicia, crítica antiestatal. El uso de los nombres, los recursos estilísticos, revelan un esfuerzo profesoral y una convicción respecto a la validez heurística de la teoría política que constituyen una de las marcas y señales del libro. Se trata de una certeza metodológica, compensadora de la incerteza política respecto a la eticidad del Estado, que suscita la convivencia entre, por caso, Arendt y Schmitt. Los dos últimos grandes pensadores políticos de Occidente. La rotundidad es mía. Nosetto, en cambio, dándole voz a autores variopintos, navega –¡sin naufragar! – por los mares embravecidos de la tradición. Así, Schmitt y Arendt dialogan de principio y fin (de hecho, el libro concluye con ellos).

Otro recurso, y es la veta quizás más luminosa de la escritura profesoral, es la cita atenta, la conversación entre pares, colegas, que están en lo mismo, o casi. Es un aspecto notable, y gratamente sorprendente: están los grandes nombres y “nosotros”. ¿Una *délicatesse*? Nada de eso. Es el reconocimiento de un campo de pensamiento activo, que Luciano alienta y cultiva, y quizás –hagamos un poco de sociología a la violeta– sea un efecto benéfico del plebeyismo de Sociales en contraste con el mundo más jerarquizado de Púan. No quiero privarme de señalar el uso cabalístico del número tres. Luciano escribe seguido, con afán condensador: tres tesis, tres tareas, tres nociones...

Como ya apuntamos, el libro es deducible de una apuesta: solo es viable pensar el Estado si logramos invertir la crítica marxista a la teoría hegeliana del Estado. El libro lo prueba holgadamente, e incluso se permite un correctivo, como a la pasada por el patio del colegio, para el enérgico Damián Selci y su *teoría de la militancia*.

Nosetto afirma: el Estado es una relación social, y enseguida añade: pero no puede reducirse a mera correlación de fuerzas. O, mejor: no puede reducirse a

una relación social de poder (que es lo que se quiere significar con el dictum: *el Estado es una relación social*). A una comprensión hobbesiano-weberiana del poder Noretto incorpora el entrelazo entre autoridad y bondad. El Estado es relación social de poder y de autoridad. La autoridad, como sugiere Kojève (quizás el único gran autor que no pertenece cabalmente a la tradición y es citado con veneración), implica desigualdad y exclusión de la fuerza. El cerebro sociológico explota. La incomodidad, que define, dijimos, uno de los caminos del libro, emerge porque, por un lado, no es posible pensar el Estado sin concebir una noción de autoridad, y, por el otro lado, es casi inverosímil concebir una. Porque, además, quien dice autoridad inmediatamente es sospechado de artilugio. De otro modo: la carencia de una reflexión sobre la autoridad invalida a todas las teorías del Estado –las que valen: teorías del Estado como unidad política de un pueblo–, incluidas la que son conscientes de tal penuria. Los remedos estipulados: constitución, derecho, derechos humanos, son frágiles, como toda *idea de bien*. Sabemos demasiado del poder –el macro o el micro–, porque lo ejercemos o padecemos, pero nada sabemos de la autoridad. Salvo hacer una historia de su ruina (el gran ensayo de Arendt). Sin embargo: Merleau-Ponty sostuvo que *el tiempo es el modelo de la institución*. Si trocamos institución por autoridad abrimos una brecha. Lo hizo Revault d’Allons, combinando a Merleau-Ponty con Arendt, con resultados a mi juicio magros, porque procura pensar lefortianamente la democracia y no el “Estado hegeliano”.¹ De todas formas, la espacialización del poder y la temporalización de la autoridad, a pesar del lastre de obiedad, puede dar algunos frutos teóricos. ¿Cuál sería el tiempo de la autoridad? Quizás debamos pensar en la teoría del tiempo implícita (y no tanto: Koselleck sondeó *los estratos del tiempo*) en la historia conceptual. ¿Cómo será indagar los juegos entre rupturas y continuidades a la luz de la temporalidad de la autoridad? En la permanencia ultra temporal de la Constitución hay una punta ovillo.

¹Revault d’Allons, Myriam. *Le pouvoir des commencements. Essai sur l’autorité*. París, Seuil, 2006.

Insisto, para concluir, con el nervio expuesto de la incomodidad: despolitizar la autoridad. En efecto, afirmamos, sentido común intelectual mediante, la politicidad de cada rincón de la vida social e individual, ¿cómo no va a incomodarnos afirmar que la autoridad debe despolitizarse? Quedamos a tiro de refutación progresista, aplastados por un vendaval de clisés “estilo” Cynthia García. No obstante, la posibilidad abierta por el libro, sostener la conversación entre Schmitt y Arendt, es deducible de la sospecha frente a politizaciones totales. La autoridad es política a condición de resguardarla de su politización. La célebre *neutralización*. No hay duda de que la modernidad sólo custodia la autoridad entrelazándola con el derecho, cuya endeblez “constitutiva”, como se dice, proviene de la imposibilidad de responder: *Quis custodet custodem?* (semejante a la interrogación de Marx por la educación de los educadores). Y ello porque sólo hay autoridad de la regla, no de la voz. En todo caso, el derecho solo tiene autoridad si es neutral. El libro bordea la cuestión –la cuestión por antonomasia del Estado de derecho en una sociedad democrática de masas–, aunque no interroga cruces entre teoría política y teoría del derecho. Es, por otra parte, el nudo entre Estado e individuo. El nudo Borromeo. O más prosaico: el nudo que juega al ahorcado.

Con todo, el libro de Luciano Nosetto recorre a lo largo de sus páginas el añejo desvelo tradicionalista por la autoridad y su pérdida – o la insistencia de la pregunta por la vigencia de lo teológico-político– con una ponderación de la modernidad política. No hay defensa del Estado sin elogio de lo moderno. Que es, además, un elogio de las fronteras físicas y conceptuales. Quizás no un elogio, pero sí un reconocimiento de su carácter insoslayable. Así, Nosetto confirma y prueba con su libro una frase de Jorge Dotti en el *Deus mortalis* inaugural: *no hay filosofía política sin Estado, porque su filosofar es ante todo un filosofar sobre el Estado*. Y lanza la apuesta: “el Estado es la *summa auctoritas* o no es” (2022, p.23). Aquí y ahora, aún y a pesar de todo, o precisamente por ello. El Estado no es rol, actor, agente, herramienta de transformación, proveedor de servicios. No es, no puede ser, ni *Ogro filantrópico* ni *Maestro ignorante*.

¡Y que los eunucos bufen!